


LA OBEDIENCIA Y EL PROFESOR UNIVERSITARIO

De la desobediencia ciega provienen
muchos de los males causados por el hombre;
de la obediencia ciega, todos los demás.

bedecer es acatar una orden y cumplirla conforme a los deseos o preceptos de quien ordena.

La palabra obediencia proviene del latín *obed* que significa ir a *predientia*, es decir, realizar la acción de ir a predicar. Posteriormente, se generalizó su significado para cumplir cualquier acción por mandato u ordenamiento.

“Reyes, sacerdotes, señores feudales, patronos de industrias y padres han insistido durante siglos en que la obediencia es una virtud y la desobediencia es un vicio.” (Fromm, 1984: 9)¹

Sin embargo, la obediencia ha ido, en apariencia, perdiendo terreno. Mucha gente, sobre todo los jóvenes, se ufana de su postura de desobediencia a las obligaciones y preceptos sociales o familiares. Pero, si bien es cierto que la autoridad paterna ha menguado y la disciplina institucional padece desacatos frecuentes, mucha de esa desobediencia lleva implícita la obediencia a otras instancias, algunas de las cuales no se reconocen fácilmente. Se desobedece a los padres para obedecer al cabecilla del grupo juvenil; se desobedece al profesor pero se acata la propaganda de la revista

¹ Este artículo, el primero de otros más que forman parte del programa conformado para alcanzar el grado de Doctor en Humanidades, sirve como trabajo preparatorio del proyecto de tesis “El Pensamiento Frommiano y la Ética Humanista como referentes para guiar la vocación del profesor universitario.” Por ello la mayor parte de las referencias documentales proviene de las obras de Eric Fromm.

pornográfica donde se incita a la búsqueda de placeres que comprometen el futuro; se sale de una clase donde se habló del respeto al prójimo para conducir el automóvil a una velocidad imprudente obedeciendo a un afán de destructividad –tal vez no consciente– que forma parte del carácter personal y de la sociedad en general.

Fromm (2000: 74) indicaba: “Todo acto de desobediencia, salvo que sea vana rebelión, es obediencia a otro principio. Desobedezco al ídolo, pues soy obediente a Dios. (...) Puedo desobedecer al Estado porque soy obediente a las leyes de la humanidad. (...) No se trata en verdad de un asunto de desobediencia o de obediencia, sino a qué o a quién se desobedece u obedece.”

Los adultos, por su lado, se ufanan de su grado de independencia y autonomía, aunque se sostengan en un empleo rutinario de ocho, diez o más horas diarias, pues presumen que las cosas se hacen según su buen juicio, cuando lo único que logran con sus iniciativas es enredar más los trámites burocráticos. Fromm (2000: 75-76) al referirse a esta independencia ficticia escribió: “La obediencia no se reconoce en la actualidad como tal, pues se la racionaliza como «sentido común», como cuestión de aceptar necesidades objetivas.”

La obediencia y su contraparte, la desobediencia, están ligadas con muchos rasgos de carácter y conductas. A lo largo de este trabajo se tratará de cualificar la obediencia mediante el análisis argumentativo y crítico de lo que se obedece (o desobedece) y a quién se le obedece (o desobedece) a través de su relacionamiento con condiciones sociales, institucionales y psicológicas. Paralelamente a la ubicación de la obediencia como fenómeno humano, se examinará la obediencia en relación con el profesor univer-



sitario, considerando cuatro facetas: la obediencia que se le exige al estudiante, la obediencia a los acuerdos entre los pares académicos, la obediencia que se le demanda institucionalmente y la obediencia hacia él mismo.

Esta dualidad obediencia-desobediencia es entendida por el común de la gente como una relación entre una persona que debe obedecer –o decide desobedecer– y otra a la que se debe obedecer porque tiene el poder de mandar, y así lo ha expresado (se puede obedecer o desobedecer a otras personas o a sus vehículos representados por una costumbre social o familiar, un mandato de la divinidad, o una norma religiosa, gubernamental o grupal).

Con el propósito de ordenar la exposición se ha dividido el trabajo en los siguientes rubros:

- La obediencia como condición de supervivencia
- Autoridad racional e irracional
- La conciencia autoritaria y los guiones
- La libertad, la fe y la capacidad de desobediencia

LA OBEEDIENCIA COMO CONDICIÓN DE SUPERVIVENCIA

La exigencia de la obediencia al inicio de la vida de cada ser humano tiene el propósito fundamental de la supervivencia. En los animales la obediencia se transforma rápidamente en un acto casi

reflejo aunque tal reacción requiera al principio cierta cantidad de coerción.

Si el cachorro, el pichón o el niño no obedecieran a sus progenitores, no sobrevivirían. El enfrentamiento exitoso de los peligros del ambiente y la obtención de los satisfactores primarios, tanto físicos como emocionales (alimento, protección, socialización), dependen del instinto y de la obediencia.

Este tipo de obediencia benefactora requiere de entrenamiento (persuasivo o impositivo) y se convierte casi en una parte de la naturaleza de los animales irracionales (cual si fueran reacciones instintivas), y se manifiesta en grados diferentes hasta la muerte.²

Esta obediencia cuasi-natural no se presenta cotidianamente en los hijos pequeños de los hombres, pero los padres por

lo común inculcan en los niños la costumbre de obedecer, generalizándose la convicción de que la obediencia siempre es buena y, consecuentemente, que la desobediencia es mala, que es un pecado y hay que combatirla; sin importar, usualmente, lo irracional o absurdo de las órdenes. En muchas subculturas y grupos sociales (tal es el caso de la clase proletaria mexicana) aún se inhibe la desobediencia mediante castigos corporales o exhibiciones indignas de las "faltas cometidas". En los niveles de la educación elemental se insiste en la obediencia como una "cualidad" a ser cultivada para la integración social de los educandos. Conforme se asciende en la jerarquía de los niveles educativos la obediencia deja de ser un rasgo abierta y directamente exigible por los mandatarios educativos, pero no deja de ser importante en la apreciación de la "calidad" de los estudiantes por parte de muchas autoridades, ya sean funcionarios o profesores.

La supervivencia social de los adultos también obliga a la obediencia, sobre todo en las sociedades donde el trabajo y las oportunidades de desarrollo escasean. Si a estas circunstancias se añaden problemas culturales y una autoridad irracional, entonces la obediencia ciega puede considerarse la única opción viable para conservar un puesto y un ingreso más o menos seguro.

Sería algo raro que un profesor universitario manifestara seriamente que debe ser obedecido cual



si fuera un ser infalible (una especie de semidios) o que de la obediencia que le profesen sus estudiantes dependa su supervivencia como tales. Pero una cosa es no manifestarlo abiertamente y otra distinta –como sucede no raramente– es que su postura como catedrático o como asesor estudiantil no exija, veladamente, una obediencia casi ciega. ¿Acaso no hemos sido testigos de

profesores que no admiten haberse equivocado?, ¿lo que se mantienen en una postura inflexible ante una injusticia cometida?, ¿lo que son ajenos ante un problema humano que no permitió el cumplimiento de algún deber escolar?, ¿lo que se molestan cuando alguien piensa "más de lo debido" y pone en duda su "sapiencia"? El pensar, que es a lo que se acude a la universidad, se debe transformar muchas veces en desobediencia. Así se desarrolla y se genera el conocimiento. Tal clase de desobediencia debería de ser la exigencia máxima para sobrevivir en una universidad y para que la propia universidad sobreviva.

Si se extiende el horizonte a la sobrevivencia de la raza humana, la obediencia y la desobediencia también son cruciales. Fromm (2000: 73) comenta que la historia humana, según las mitologías hebrea y griega, comenzó con un acto de desobe-

- 2 No es transparente la división entre un acto instintivo y un acto aprendido que requiere de obediencia para ser ejecutado, pero es evidente que muchos animales pequeños no sobrevivirían sin las enseñanzas de sus progenitores. Muchos programas para salvar a la fauna en peligro de extinción han encontrado una dificultad muy seria para la reintegración de los animales a la vida silvestre porque éstos han carecido de las enseñanzas de sus padres. Es cierto que algunas conductas son producto de la imitación, pero otras son reacciones de obediencia, tal es el caso, por ejemplo, de la acción de esconderse de un cachorro como resultado de la obediencia al mandato del rugido de la leona que advierte algún peligro.

diencia: "En la historia de Adán y Eva hay una orden de Dios de no comer del árbol, y el hombre —o más bien la mujer, para ser exactos— es capaz de decir «no». Ella es capaz de desobedecer y aun de persuadir al hombre a que comparta su desobediencia. Los griegos usan un símbolo diferente, el símbolo de Prometeo. Es Prometeo quien roba el fuego de los dioses y comete un crimen. Cometiendo ese acto de desobediencia, con ese acto de darle el fuego al hombre, se inicia la historia humana, la civilización humana."

Fromm (2000: 73) agrega "(...) la historia humana comenzó con un acto de desobediencia y puede concluir con un acto de obediencia. (...) la obediencia de los hombres que aprietan el botón en respuesta a los hombres que imparten órdenes, y la obediencia a ideas que hacen posible pensar en términos de tal locura."

Ejemplos recientes de tal locura fueron los actos terroristas que terminaron con la vida de miles de personas en la destrucción de las torres gemelas de Nueva York, las dos invasiones a Irak en menos de tres lustros y los recientes actos terroristas en los trenes de la capital española. Pero en las aulas, los profesores, apoyados o condicionados por el sistema educativo, cometen todos los días actos de obediencia destructores de esperanzas estudiantiles. Son mucho menos espectaculares que los que destruyen masivamente y con violencia física, pero tan dañinos para la vida como los primeros. Podrían citarse muchos casos al respecto, pero baste percatarse que la generalidad de los estudiantes considera el estudio una obligación penosa y no un gozo; que le teme a los exámenes, que su sinceridad está inhibida, que entiende el autoritarismo como una exigencia de cierto grado de sumisión y que su futuro socioeconómico depende más de "padrinos" que de su preparación moral, emocional y científica. En todo esto está inmersa una obediencia ciega, sin que haya una conciencia clara de ello, porque en la actualidad a este tipo de obediencia se le racionaliza como deber legal o religioso, o como un sacrificio necesario para lograr ganancias futuras, o como lealtad

indiscutible a la organización o al clan, u otras justificaciones semejantes.

También es conveniente precisar que hay dos tipos de obediencia, según el origen del mandato: la obediencia heterónoma y la obediencia autónoma. Tanto la obediencia como la desobediencia pueden sujetarse a mandatos externos o internos, aunque con respecto a la desobediencia autónoma habrá que hacer algunas precisiones más adelante. Sobre la heteronomía y la autonomía de la obediencia, Fromm (1984: 12) señala:

"La obediencia a una persona, institución o poder (obediencia heterónoma) es sometimiento; implica la abdicación de mi autonomía y la aceptación de la voluntad o juicio ajenos en lugar del mío. La obediencia a mi propia razón o convicción (obediencia autónoma) no es un acto de sumisión sino de afirmación. Mi convicción o mi juicio, si son auténticamente míos, forman parte de mí. Si los sigo, más bien que obedecer el juicio de otros, estoy siendo yo mismo; por ende, la palabra obedecer sólo puede aplicarse en un sentido metafórico y con un significado que es fundamentalmente distinto del que tiene en el caso de la obediencia heterónoma."

Si el origen de los actos de los profesores universitarios fuera su obediencia autónoma, la conjunción manifiesta de todos sus actos contribuiría notablemente a darle cuerpo a la autonomía universitaria, ya que ésta consiste precisamente en el seguimiento de la convicción y del juicio de la propia comunidad basados en la razón y en la crítica autónoma; aunque hay que considerar lo que dijo T. Carlyle (Peter, 1973: 52): "Yo no creo en la sabiduría colectiva de la ignorancia individual".

El cumplimiento de la misión universitaria depen-



de del conocimiento y de la ética que guíe su cabal aplicación a favor del desarrollo del hombre, pero es necesaria una gran fortaleza moral para enfrentar muchos factores adversos. La obediencia autónoma se menoscaba cuando, por ejemplo, la normatividad burocrática estrangula la competencia organizacional. Peter (1973: 26) comenta las consecuencias de la burocracia excesiva: "Si bien las reglas y normas son esenciales para la protección del individuo y para el bienestar de la sociedad, la escalada de la burocracia puede innecesariamente atormentar, sofocar y corromper a los individuos y socavar la salud de la sociedad. La superescalada y superoficiosidad de la burocracia es la que destruye el sistema social."

También se quebranta la obediencia autónoma cuando existen grupos de poder académicos o administrativos que imponen condiciones injustas, o el monto de los recursos otorgados a las universidades (y por añadidura a los profesores) depende de decisiones ajenas, basadas en criterios volubles según las condiciones políticas y de relacionamiento entre autoridades no muy racionales.

AUTORIDAD RACIONAL E IRRACIONAL³

Autoridad, poder, mando, obediencia, castigo, premio, libertad, dependencia, disciplina y autonomía son conceptos ligados. Quien tiene poder puede ejercer autoridad y mandar a otros quienes, sumisa o rebelde-mente, acatarán las órdenes si el poder de quien manda es suficiente para obligarlos a obedecer.

Para aclarar la relación de estos conceptos acudiremos a lo que dicen Eric Fromm y Luis Villoro al respecto:

"El empleo del término autoritario hace necesario esclarecer el concepto de au-

toridad. Existe tanta confusión respecto a este concepto por causa de la creencia generalmente difundida de que nuestra alternativa es o tener una autoridad dictatorial, irracional, o no tener autoridad alguna. Esta alternativa, no obstante, es falsa. (...) La fuente de la autoridad irracional es siempre el poder sobre la gente. Este poder físico o mental, puede ser real o solamente relativo respecto de la ansiedad y la impotencia de la persona sometida a esta autoridad. El poder, por una parte, y el temor, por la otra, son siempre los cimientos sobre los cuales se erige la autoridad irracional. La crítica a la autoridad no es sólo algo no solicitado sino prohibido." (Fromm, 1995: 21)

Por su parte, Villoro (1987: 296) afirma: "(...) muchos intereses particulares propician formas de irracionalidad e intolerancia. Dogmatismo y escepticismo son las más importantes; ambas permiten sujetar las creencias colectivas a intereses de personas o de grupos. La ética de las creencias enuncia reglas para liberarnos de esa sujeción. Pero esas reglas son, al mismo tiempo, condiciones de un pensamiento racional."

¿Cuánta autoridad irracional o racional ejerce el profesor universitario? ¿Cuánta autoridad irracional debe soportar?

Lo racional o lo irracional, lo absoluto o lo relativo, lo dogmático o lo escéptico son opuestos que raramente existen puros en una persona o una institución. Lo importante es la prevalencia de alguna orientación. En el caso del profesor universitario, por reclamo vocacional, la racionalidad debería ser, con mucho, su epíteto distintivo, quizá más que de cualquier otra profesión u oficio. Sin embargo, no siempre sucede así.

Frecuentemente, las experiencias y los propios prejuicios de los profesores se imponen sobre los

3 El término "irracional" en el presente artículo tiene el significado adoptado por Sigmund Freud y Eric Fromm. Para ellos lo irracional proviene del "Ello" y lo racional del "Yo". Lo irracional puede ser aplicado a la autoridad, la conciencia o la fe, por ejemplo, si las relaciones entre profesor y alumno se basaran en la autoridad irracional rígida e inatacable, el desarrollo humanista de los estudiantes puede ser suprimido casi absolutamente.



demás universitarios. No se escuchan los argumentos de los terceros ni se reflexiona sobre ellos, se busca nada más la forma de cómo rebatirlos, aunque sea dogmáticamente.

No se discuten los yerros formalmente. No se acostumbra poner sobre la mesa los errores cometidos en la academia con el propósito de recibir consejo y evitar que otros colegas cometan las mismas equivocaciones. Se tapan los agujeros con olvidos irracionales.

Si se elaborara una antología de todos los logros educacionales que se exhiben en los discursos oficiales de nuestras universidades, donde se habla de la excelencia alcanzada, del cumplimiento de compromisos sociales, de las aportaciones a la investigación, de la grandeza histórica de la institución, etcétera; y tal antología fuera leída por alguien ajeno, pero racional, notaría inmediatamente el contraste entre el triunfalismo discursivo y el grave atraso que aún se padece en la educación universitaria. Miedo, sumisión, precaución, indolencia u obediencia ciega limitan la racionalidad para juzgarse uno mismo.

Los casos históricos de la exaltación de la obediencia ciega son incontables. Martín Lutero, por ejemplo, al referirse a la obediencia llegó a expresar lo siguiente: "Hemos de demostrar obediencia por amor a Dios, porque el gobernante es el representante de Dios. Como sea que impongan cargas o expropian bienes, debemos obedecer y soportar pacientemente."

En el ámbito de la educación ha sido tradicional la exigencia de obediencia de los alumnos hacia sus profesores. La obediencia se ha considerado un requerimiento para facilitar el logro de los objetivos educativos. La obediencia a un superior es, para la mayoría, condición previa para lograr la disciplina y el orden necesarios para la adecuada marcha de las instituciones educativas y la consecución de sus propósitos. Se trastocan los medios en fines. Si un estudiante demuestra obediencia con respeto a la autoridad y buenos modales estará haciendo lo suficiente para ir sorteando las vicisitudes universitarias. Paradójicamente, un es-

tudiante rebelde, irrespetuoso y dispuesto al enfrentamiento, también, y quizá con menos esfuerzo, logre terminar una carrera. Ante la autoridad irracional funcionan tanto la obediencia como la desobediencia ciegas. No es difícil percatarse de casos en los que lo menos importante es que las potencialidades del estudiante hayan quedado alejadas o se malogren por falta de estímulos.

"También debe precisarse, por otra parte, la afirmación de que la obediencia a otra persona es *ipso facto* sumisión, distinguiendo la autoridad irracional de la autoridad racional. Un ejemplo de autoridad racional es la relación que existe entre alumno y maestro; uno de autoridad irracional es la relación entre esclavo y dueño." (Fromm, 1995: 49)

Fromm, obviamente, se refiere a la relación virtuosa entre alumno y profesor, en que el alumno reconoce una superioridad moral y racional de su preceptor, y éste reconoce en el alumno un ser humano que se está formando para poner en actividad sus potencialidades y del cual se sentirá orgulloso si lo supera en ilustración y productividad. En este caso la autoridad heterónoma se convertirá, con el paso del tiempo, en autoridad autónoma, en obediencia a uno mismo.

El reconocimiento de este tipo de situaciones es una condición ética *sine qua non*, la verdad es la materia prima que se utiliza y produce en la universidad. Si ésta no trasciende la irracionalidad burocrática, muy poco de lo que se haga después tendrá significado social y cultural. Los resultados valiosos dependerán, entonces, de los esfuerzos

Sarai Hernández Garcidueñas, Fecundidad VI.



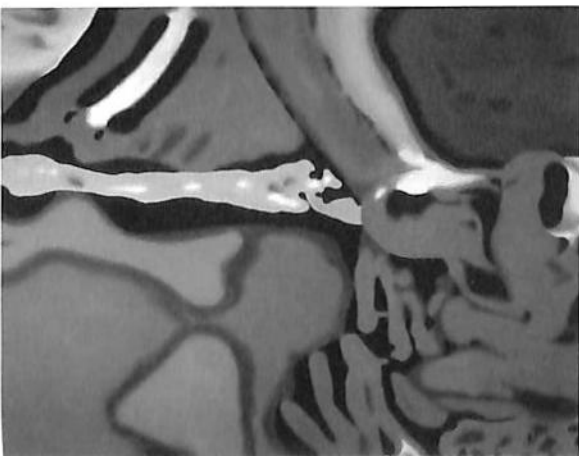
personales que grupos minoritarios de profesores y estudiantes lleven a cabo, a pesar de las condiciones desfavorables que enfrentan cotidianamente. Tal vez esta muestra de desobediencia, es decir, la obediencia valerosa a la verdad, sea la que haya permitido la permanencia de cierto prestigio universitario en el país.

La obediencia a la verdad, entonces, debe ser uno de los distintivos personales del universitario; la verdad basada en la razón, no en las creencias dogmáticas. Villoro hablaría de la verdad "avalada por las comunidades epistémicas". Un seguidor de la verdad racional fue Freud, quien abrió paso a la sinceridad científica, más allá de las conveniencias grupales por las que fue criticado. Al respecto, Fromm (1995: 49) escribió:

"(...) Freud continúa la tradición del pensamiento que desde Buda y Sócrates sostiene que la verdad es el poder capaz de hacer al hombre virtuoso y libre o –en la terminología de Freud– sano. El fin de la cura analítica es reemplazar lo irracional (el ello) por la razón (el yo). (...) es restaurar la salud, y los remedios son la verdad y la razón. El haber postulado una situación basada en una honestidad radical en medio de una cultura en la que es rara la franqueza, es tal vez la expresión más grande del genio de Freud."

LA CONCIENCIA AUTORITARIA Y LOS GUIONES

La autoridad puede, por decirlo así, cambiar de residencia aunque el anfitrión, el que manda, siga



Ejemplar 4.

siendo el mismo. Freud y Fromm han explicado acertadamente este fenómeno.

"La conciencia autoritaria (superyó) es también obediencia a un poder exterior a mí, aunque ese poder haya sido internalizado. Conscientemente creo que estoy siguiendo a mi conciencia; en realidad, sin embargo, he absorbido los principios del poder; justamente debido a la ilusión de que la conciencia humanística y el superyó son idénticos, la autoridad internalizada es mucho más efectiva que la que experimento claramente como algo que no forma parte de mí. La obediencia a la conciencia autoritaria, como toda obediencia a pensamientos y a poderes exteriores, tiende a debilitar la conciencia humanística, la capacidad de ser uno mismo y de juzgarse a sí mismo." (Fromm, 1984: 14)

La autoridad en la cátedra y en la academia puede provenir de una personalidad auténtica y de verdades argumentadas y reflexivas o, por el contrario, la autoridad puede intentar basarse en imposiciones exigidas para conservar artificialmente la imagen de "respeto y sapiencia" que le es imperiosa al catedrático carente de vocación;⁴ aunque este esfuerzo sea normalmente infructuoso ya que los estudiantes y los colegas la notan y, "aprenden a jugar" fácilmente con este tipo de autoridad impositiva.

Fromm agrega (2000: 81): "La conciencia autoritaria o superyó, es originariamente el poder internalizado del padre, más tarde es el poder internalizado de la sociedad. (...) Este concepto de autoridad internalizada es lo que muchos llaman su conciencia moral. (...) pero hay un segundo tipo de conciencia, la conciencia humanista. (...) Esta conciencia es una voz interior que nos hace volver a nosotros. Por este «nosotros» se entiende el núcleo humano común a todos los hombres, es decir, ciertas características básicas del hombre que no pueden ser violadas o negadas sin serias consecuencias."

4 La vocación, en un primer plano, puede definirse como la inclinación hacia un trabajo o labor social. Profundamente significa ser lo que se debe ser.

La autenticidad de la conciencia humanista es una condición que debe ser evaluada internamente por el profesor universitario. Pero, generalmente, la reflexión sobre el origen de los principios que respeta la conciencia de cada uno es ajena a la vida académica. Pocos se cuestionan si se autoengañan o no cuando se trata de sus convicciones y de sus "saberes". Entonces, aun sin desearlo y sin tener una clara conciencia de ello, la realidad universitaria queda distorsionada y durante muchos años se sacrifica el tiempo de los estudiantes y de los propios profesores, y se festeja el egreso de generaciones de estudiantes que se han formado de acuerdo a parámetros sociales extraños al humanismo auténtico.

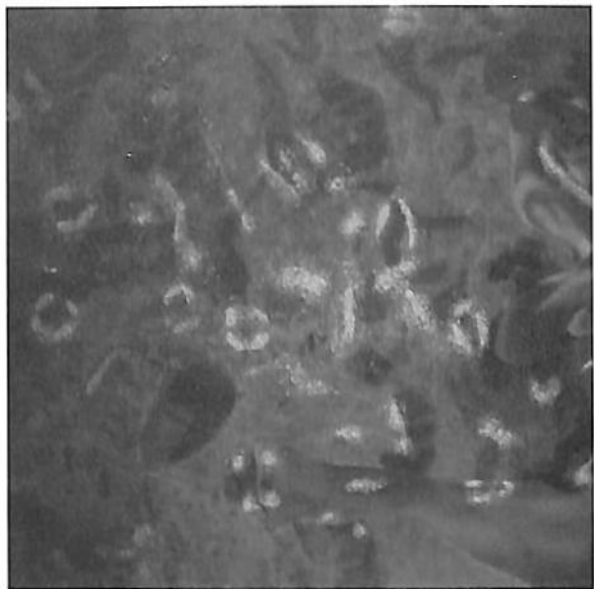
"La conciencia humanista es la expresión del interés propio y de la integridad del hombre, mientras que la conciencia autoritaria se ocupa de la obediencia, el autosacrificio y el deber del hombre o su 'ajuste social'". (Fromm, 1995: 174)

Dada la importancia que para la obediencia tiene la conciencia autoritaria y su influencia en la vida de todos los días de las personas, es provechoso remitirse a las investigaciones de otro autor.

Eric Berne es el autor de la teoría de los guiones. En ella aduce a la conciencia autoritaria explicándola en término de "papeles" que la gente representa. Independientemente si se está de acuerdo o no con el análisis transaccional como un método para aliviar las neurosis, de la división de la personalidad en Padre, Adulto y Niño y de la forma de interpretar el uso del tiempo que hacen las personas, los argumentos sobre la pseudo autonomía de las decisiones vitales es concluyente y de suma importancia para comprender en su verdadera dimensión la obediencia y la desobediencia a los demás y a uno mismo, la obediencia y la desobediencia real y aparente. Berne (1974: 47) asevera:

"Un guión es un plan de vida formado en la primera infancia bajo la presión paterna y que después continúa en vigor. Es la fuerza psicológica que impulsa a la persona hacia su destino, tanto si la persona la combate como si dice que es su libre voluntad. (...) no tenemos la intención de reducir

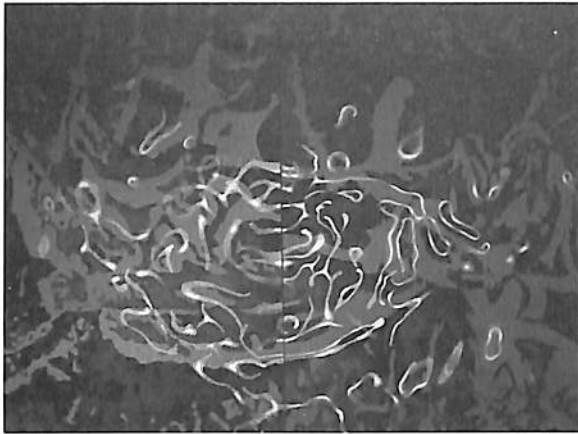
Sarai Hernández Garcidueñas, *Ejemplar 3.*



toda la conducta humana a una fórmula. Muy al contrario. Una persona real puede definirse como la que actúa espontáneamente de forma racional y digna de confianza, con una razonable consideración a los demás. El que sigue una fórmula es una persona no real, o irreal. Pero como éstas parecen constituir la mayor parte de la humanidad, es necesario intentar aprender algo sobre ellas."

Los guiones, finalmente, programan la forma de usar el tiempo de las personas, o sea, condicionan lo que se obedece y lo que no, y cómo se utiliza o malgasta el tiempo, obedeciendo o contrariando los mandatos externos e internos (las órdenes de la autoridad heterónoma y de la conciencia autoritaria). En relación con la forma de usar el tiempo, Berne (1974: 41) apunta:

"Cada persona tiene un plan de vida preconsciente, o guión según el cual estructura períodos largos de tiempo –meses, años o toda su vida–, llenándolos de actividades, rituales, pasatiempos y juegos que siguen el guión, dándole a la persona una satisfacción inmediata, generalmente interrumpida por períodos de retiro, y a veces por períodos de intimidad. Los guiones generalmente están basados en ilusiones infantiles que pueden persistir toda una vida; pero en las personas más sensibles, perceptivas e inteligentes, estas ilusiones se desvanecen una a una, provocando las diferentes crisis vitales descritas por Erikson. Entre



Ejemplar 1.

estas crisis se cuentan la reconsideración adolescente de los padres; las protestas, a menudo extravagantes, de la mediana edad; y después de eso, la aparición de la filosofía. A veces, sin embargo, los intentos desesperados de conservar las ilusiones en la segunda mitad de la vida llevan a la depresión o al espiritualismo, mientras que el abandono de todas las ilusiones puede llevar a la desesperación."

En relación con la potencialidad y la productividad, tal como las considera Fromm, Eric Berne (1974: 488) agrega:

"Los guiones son sistemas artificiales que limitan las aspiraciones humanas espontáneas y creadoras, del mismo modo que los juegos son estructuras artificiales que limitan la intimidad espontánea y creadora. El guión es como un trozo de cristal decorado y empañado que los padres ponen entre sus hijos y el mundo (y ellos mismos)."

Sería excepcional la persona que no hubiera sido testigo o no haya "sufrido" los guiones de los profesores. Actitudes como el ser pedantesamente ordenado, rígidamente estéril, puntualmente obsesivo, explotador mercantilista de las calificaciones, defensor obsesivo del método o arrogantemente inteligente (aunque no razonable) son, entre muchas otras, manifestaciones "activas" de algunas directrices seguidas por los guiones de no pocos "educadores". Los casos contrarios, tales como el ser pasivamente indiferente ante la mediocracia estudiantil, "barcaza" indolente otorgador de ochos como calificación mínima para los alumnos incum-

plidos, o un sumiso tolerante de las burlas del líder del grupo son, por lo contrario, directrices "pasivas" de guiones también frecuentes en el magisterio de todos los niveles escolares.

Complementariamente, identificándolo con la desobediencia ciega, Berne (1974: 153) introduce el concepto de antigüión:

"Antigüión. Lo contrario del guión. Se está tan programado a desobedecer todas las instrucciones como lo estaría si las obedeciera todas. Así, pues, cuando la libertad es en realidad un desafío, es sólo una ilusión. Al invertir la programación uno no deja de estar programado. Esta inversión, dar la vuelta a la ficha en vez de romperla, se llama un antigüión, y los antigüiones ofrecen un campo fértil para ulterior estudio."

Con estas breves anotaciones sobre la teoría de guiones puede constatarse, reiteradamente, la manifestación de guiones en la conducta de los profesores: cuando un profesor reacciona ante una provocación de manera irracional está siguiendo un guión, una directriz del guión que le pide siempre castigar u oponerse; o bien, cuando súbitamente aparece la rebelión, seguramente estaba viviendo un período de prevalencia de contraguiones, y entonces aparece la erupción del guión. En términos de obediencia y de autoridad los guiones son dictados de la conciencia autoritaria y, desde una perspectiva ética, son sumamente influyentes en la calidad de vida, tanto por su extensión como por su influencia en muchos actos humanos de trascendencia individual y colectiva y, además, porque la gente que sigue las prescripciones de su conciencia generalmente no se da cuenta que no es ella la que decide. El "sentir" la "vocación docente" (o cualquier otra vocación) puede ser un engaño, una disposición de la madre o de la cultura familiar, y no una inspiración surgida del corazón del hombre.

En teoría, si la verdadera vocación ha sido tomada en cuenta en alguna medida para ser profesor universitario, y un profesor estuviera inmerso en su guión, éste tendría, en comparación con el resto de la gente, más probabilidades de romperlo y liberar-

se permanentemente de las exigencias del guión. Empero, parece no suceder así. Tal vez la laxitud de las normas positivas para cualificar el rendimiento, y la falta de evaluaciones válidas y pertinentes del legado a los alumnos, a la ciencia y a la investigación, auspician la permanencia equivocada de muchos profesores que no cumplen con las mínimas condiciones éticas que exige su puesto. Esta misma flojedad institucional puede disminuir la depresión y el abatimiento que se presenta con mayor frecuencia en otro tipo de organizaciones, donde es más difícil permanecer en guiones destructivos o inoperantes. No es repetitivo (en la actualidad) el caso de profesores universitarios de tiempo completo que se den por vencidos y renuncien a su puesto o se depriman ostensiblemente. Las universidades dan acogida a caracteres muy disímolos.

LA LIBERTAD, LA FE Y LA CAPACIDAD DE DESOBEDIENCIA

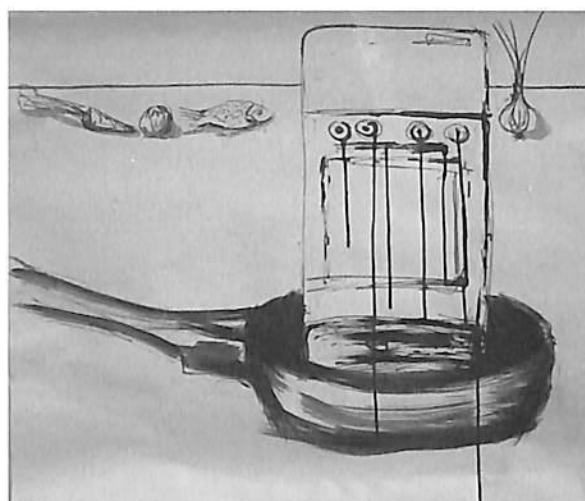
Para desobedecer, el estudiante y el profesor necesitan ser seres libres, estar emancipados para actuar, o no, en obediencia a sus convicciones, y no por imposición externa o proveniente de la propia consciencia autoritaria. Pero no es fácil ejercer la libertad, a pesar de que la generalidad sostenga lo contrario y de que las circunstancias sociales no la impidan oficialmente. Fromm, refiriéndose a la relación entre la libertad y la desobediencia, expone:

"(...) no sólo la capacidad de desobediencia es la condición de la libertad; la libertad es también la condición de la desobediencia. Si temo a la libertad no puedo atreverme a decir 'no', no puedo tener el coraje de ser desobediente. En verdad, la libertad y la capacidad de desobedecer son inseparables; de ahí que cualquier sistema social, político y religioso que proclame la libertad pero reprima la desobediencia, no puede ser sincero." (Fromm, 1984: 16)

5 Ver referencia de los juegos psicológicos en "¿Qué dice usted después de decir hola?" de Eric Berne.

Cometer el mismo pecado, confesarse y comulgar habitualmente es un ejemplo de este tipo de juegos.

Yessica Lizbeth Díaz Mendoza, *Recetta de la casa*.

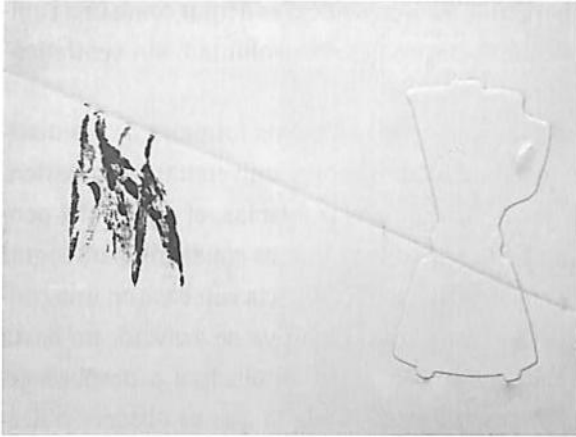


"¿Por qué se inclina tanto el hombre a obedecer y por qué le es tan difícil desobedecer? Mientras obedezco al poder del Estado, de la iglesia o de la opinión pública, me siento seguro y protegido. En verdad, poco importa cuál es el poder al que obedezco. Es siempre una institución, u hombres, que utilizan de una u otra manera la fuerza y que pretenden fraudulentamente poseer la omnisciencia y la omnipotencia. Mi obediencia me hace participar del poder que reverencio, y por ello me siento fuerte." (Fromm, 1984: 15)

La desobediencia se introyecta muchas veces como conciencia culposa o moral. Aunque el hombre de nuestra época parezca desobedecer todos los días, por todos los motivos imaginables, y a pesar de los argumentos defensivos que pudiera esgrimir para justificar la desobediencia, si considera que ha desobedecido a algo o a alguien al que siente necesario someterse, la culpa se presenta, y frecuentemente hay una acción de expiación; aunque la repetición "desobediencia-expiación" se transforme en una costumbre, en un juego psicológico perverso.⁵

En el ámbito educativo la obediencia obligada y sus efectos disciplinarios tienen características especiales, alcances y efectos que muchas ocasiones pueden catalogarse como privativos de los sistemas de enseñanza institucional.

Las autoridades educativas han conformado grandes burocracias. A la generalidad de este tipo de organizaciones les importa más la permanen-



Abichuelas.

cia sosegada de alumnos y profesores que el desarrollo académico. Las órdenes y las normas siguen la regla de Pareto: el 80% de ellas tienen que ver con la gestión administrativa y el 20% con medidas tendientes a mejorar los procesos educativos. La obediencia, por ende, se condiciona al cumplimiento de los medios y los trámites, y poco cuenta la generación del conocimiento y la formación de los estudiantes en el arte y la ciencia de vivir aunque el discurso sostenga lo contrario.

La colaboración y la coordinación entre profesores están matizadas de conflictos cuyo origen no es la discrepancia sustentada en razones sobre la ciencia o los métodos, sino en situaciones apartadas de la ética laboral. Se obedece lo superficial y lo que apoya ciertas condiciones de privilegio o ventajas personales o de grupo; la rebelión, cuando es postura exhibicionista, puede ocasionar graves trastornos en la labor docente, sin generar nada positivo.⁶

La obediencia exigible a los alumnos es la más habitual y supervisada de las obediencias educativas. La alta burocracia sabe que la disciplina de los estudiantes es indispensable para mantener el control (y sus puestos). El pavor que desata la re-

belión de los jóvenes ha producido en el último medio siglo las conocidas reacciones patibularias de malos gobiernos. Pero tal vez sea más importante la obediencia exigida cotidianamente en el aula. Pocas cosas desprestigian más a un profesor como la fama de no ser obedecido por sus alumnos. Además de la reglamentación institucional, niños y jóvenes deben obedecer las reglas particulares que cada mentor impone. De esta manera los estudiantes están sumergidos en un mundo de obediencias exigibles por los responsables de su formación: horarios, autorizaciones para ausentarse, forma de vestir y de arreglarse, lecturas recomendables y prohibidas, tipos de exámenes, ceremoniales, horarios de *Internet*, etcétera. La colaboración entre directivos y profesores para incrustar reglas de obediencia novedosas no suele ser difícil.⁷

Muchas de las reglas, independientemente de los valores sociales, culturales o morales que las sustenten, son seguidas o tratan de ser resquebrajadas sin ponderarlas. ¿Cuál es la postura del profesor universitario ante ese ámbito dual de obediencia-desobediencia?

¿Realmente el ser obediente es un rasgo de carácter cuyo logro es recomendable para la formación de los alumnos y para el trabajo académico de los profesores universitarios?

Fromm, al percibir las condiciones laborales enajenantes del trabajo en muchas organizaciones, afirmó que el hombre miembro de una organización no es alguien que desobedece; ni siquiera sabe que está obedeciendo. ¿Cómo puede pensar en desobedecer cuando ni tiene conciencia de ser obediente?

Si bien el profesor universitario pertenece al ámbito formal de la educación, su calidad de "universitario" le da un tinte especial en comparación

6 Hasta ahora no he conocido una comunidad académica en donde la mayoría de los profesores sepa dirimir sus diferencias con buena voluntad y con argumentaciones sólidas. Mi experiencia docente me ha permitido conocer de cerca primarias, secundarias, preparatorias, normales, institutos tecnológicos y universidades. En todas he advertido ataques personales entre compañeros, divisiones grupales antagónicas, bloqueo de proyectos e, incluso, calumnias. En un ámbito así, la obediencia y la desobediencia son ajenas a la institución y a sus objetivos. No sé si condiciones semejantes se presentes en instituciones educativas de otros países.

7 Me tocó trabajar en una secundaria en que la preocupación principal del director era que la escuela pareciera vacía durante las horas de clase. Se paseaba por los pasillos y se congratulaba cuando lo único que se escuchaba era la voz del mentor. Logró instituir un reconocimiento anual al grupo más obediente y callado de la escuela.

con los profesores de otros niveles educativos. La libertad y el pensamiento inherentes a la condición del ser universitario obligan a una mayor responsabilidad sobre su propia obediencia-desobediencia y sobre la de sus alumnos.

Como no existen autoridades infalibles, tal como no existen hombres infalibles, la obediencia debería condicionarse a la falibilidad del mandato, a la luz del criterio de la persona a la que se le pide obediencia, ya que de otra manera se estaría obedeciendo ciegamente. Si el mandato fuera contrario al juicio del subordinado, entonces éste no debería obedecer. La acción subsiguiente a la desobediencia sería la exposición de los argumentos que la causaron y promover la rectificación del mandato; aunque esto depende de los canales establecidos para tales menesteres, los que muchas veces no existen o están impregnados de la tortuosidad o de los disimulos propios de las burocracias.

Las reacciones pueden ser extremas o ubicarse en incontables puntos intermedios. Desde el acatamiento de la orden a pesar de su incongruencia con la conciencia del sujeto hasta el enfrentamiento directo contra las autoridades demandantes de la obediencia. Puede desobedecerse en espera de que la autoridad no tome en cuenta la desobediencia, obedecerse a medias, o realizarse algo contrario, en franca oposición a las órdenes, puede preferirse salir de la organización con tal de no verse obligado a obedecer. Nada de esto es bueno o malo "per se"; depende de las circunstancias y del objeto de la obediencia. Lo anterior no significa que la obediencia sea relativa. Lo relativo es el propósito de las órdenes, las formas y los métodos usados para lograr la obediencia, y las "convicciones" de quien obedece.

Además, como lo indica Fromm (2000: 75) "¿Quién es capaz de desobedecer a una computadora electrónica? ¿Cómo le podemos decir «no» al

tipo de filosofía cuyo ideal es actuar como una computadora electrónica, sin voluntad, sin sentimiento, sin pasión?"

Más allá de los objetivos formales de las disciplinas que los profesores universitarios imparten, como parte o no de las mismas, el cultivo del pensamiento crítico y creador es condición para lograr la obediencia o desobediencia con base en una conciencia humanista. Como ya se aseveró, no basta saber a qué o a quién se obedece o desobedece, sino la esencia moral de lo que se obedece o desobedece; si la obediencia de un mandato interno o externo es moralmente aceptable.

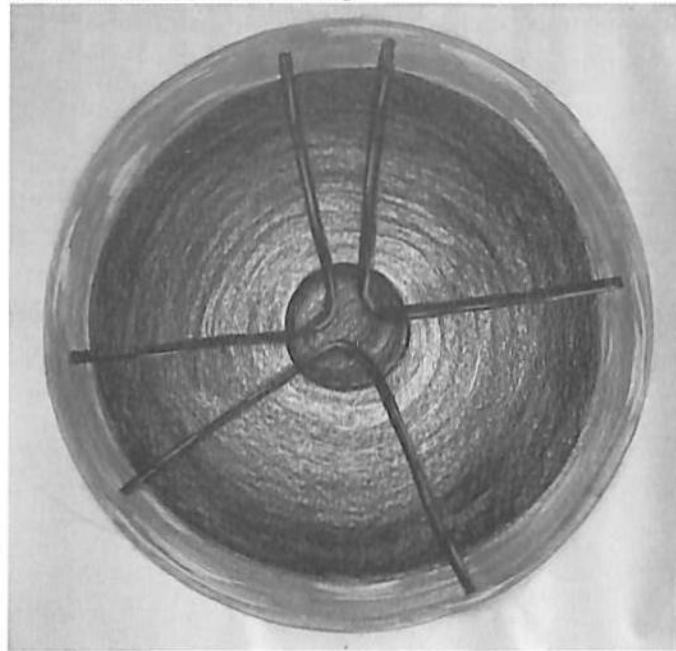
Por principio, no debería de existir la obediencia a algún mandato o autoridad exterior si eso a lo que se obedece no coincide con mi propio mandato o autoridad. Pero tampoco esto es suficiente. Es necesario adentrarse en lo que conforma mi acto de obediencia o desobediencia cuando me obedezco a mí mismo. ¿Lo que obedezco responde y desarrolla mis potencialidades? o, por el contrario, ¿menoscaba mi calidad de hombre y la productividad de mis potencialidades?

La omisión de estos cuestionamientos o el autoengaño en la respuesta son los causantes de la obediencia o desobediencia destructiva del hombre moderno. Tal vez el autoengaño no sea consciente porque muchos de los hombres padecen niveles de neurosis que les impiden el uso de la razón incontaminada.⁸ Peor es el caso de trastornos graves de la personalidad (no infrecuentes) como el narcisismo o el sadomasoquismo.

Las posibilidades de los profesores universitarios de influir en este tipo de personalidades es escasa y sale de su competencia laboral,⁹ sin embargo la inducción al cultivo del pensamiento libre sigue siendo imperante aunque pudiera ser casi infructuosa en los casos de personalidades estu-

8 La selección de los estudiantes universitarios debería considerar los rasgos de carácter de los aspirantes y no únicamente la "demostración de conocimiento disciplinario" para ponderar su rechazo o aceptación. Las dificultades de evaluar la personalidad no justifican su omisión.

9 La dificultad para influir en los estudiantes se vuelve imposibilidad si es el propio profesor quien padece trastornos de personalidad, lo cual tampoco es infrecuente. Los procesos de selección del profesorado universitario también deberían revisarse y ponerse en operación considerando la posibilidad de encontrar tal tipo de trastornos.



diantiles enfermas. Alejandro Dumas decía en el siglo XIX: "Pensar es ya desobedecer; desobedecer es pensar por uno mismo." (*Muy interesante*, 2003)

Para que los actos de obediencia respondan a las convicciones personales, además de ser y sentirse libre es necesaria la fe racional en uno mismo. Pero la fe, generalmente, no se entiende de esta manera. Fromm argumenta, en lo tocante a este punto, lo siguiente:

"Es difícil pensar en la fe concibiéndola primariamente no como la fe en algo, sino como una actitud interior cuyo objeto específico es de importancia secundaria. (...) el término 'fe', tal como es empleado en el Antiguo Testamento -'Emunah'-significa 'firmeza' e implica, por consiguiente, cierta cualidad de la experiencia humana, un rasgo de carácter, más bien que el contenido de una creencia en algo." (Fromm, 1995: 215)

"En la presencia de esta fe (la fe racional) radica la diferencia entre educación y manipulación. La educación es identificable con la ayuda que se le preste al niño para realizar sus potencialidades." (Fromm, 1995: 223-224)

El profesor universitario, para obedecer su vocación si la tiene, requiere de fe racional en sus estudiantes, en sus cofrades, en las autoridades y en sí mismo. Así, sería competente para entender

a sus alumnos, para colaborar académicamente, para aceptar las buenas disposiciones de su institución y para hacer fructífero su pensamiento. La fe racional también lo habilitaría para oponerse a la rebeldía insana de los jóvenes, para evitar los juegos psicológicos de sus colegas, para contrarrestar las decisiones ajenas a la misión universitaria, y para aceptar con humildad y afán de superación sus yerros en su vida universitaria.

En resumen, sólo la obediencia a mí mismo, reflexiva y crítica, tiene derecho al mando.¹⁰ LC

BIBLIOGRAFÍA

- Berne, Eric (1974). *¿Qué dice usted después de decir hola?*, México, Grijalbo.
- Fromm, Erich (1984). *Sobre la desobediencia*, Barcelona, Paidós.
- Fromm, Erich (1995). *Ética y Psicoanálisis (El hombre para sí mismo)*, 4a. ed., México, Paidós.
- Fromm, Erich (2000). *La condición humana actual*, Barcelona, Paidós Mexicana.
- Peter, Laurence J. (1973). *Las fórmulas de Peter*, 2a. ed., Barcelona, Plaza & Janes.
- Villoro, Luis (1987). *Crear, saber, conocer*, 4a. ed., Siglo XXI Editores.

¹⁰ La verdadera obediencia a sí mismo parte de una evaluación generada en la propia conciencia. Sobre la autoevaluación y la evaluación como fenómeno educativo se está preparando un nuevo artículo.